

los estados y en todas las situaciones de la vida, el único consuelo de los afligidos. *Consolatrix afflictorum.*

Y ¿no es verdad, Virgen Santísima, que así lo prometisteis al mundo en aquella época memorable y gloriosa para Vos, memorable y utilísima para nosotros? Y ¿no es verdad que así lo habéis cumplido y seguiréis cumpliéndolo hasta la consumación de los siglos? Sí, cristianos; y ¡cuán poco es lo que de nosotros exige Maria Santísima en retribución de tanta generosidad! La imitación de sus virtudes y el cumplimiento con los mandamientos de nuestro Dios. Anímonos, pues; y ahora que la ocasión se nos presenta, acudamos á exponer nuestras cuitas y necesidades á los piés de la Virgen Santísima del Consuelo. El azote de la guerra amenaza reducir á escombros y cenizas una parte considerable del universo: el azote de la peste hace en algunas naciones de las habitaciones sepulcros, y de los campos cementerios: el azote del hambre destruye provincias enteras, y la presente generación amenaza desplomarse bajo el peso de sus delitos y al empuje de la cólera celestial. Consoladnos, Señora, de las infinitas aficciones que nos rodean: consolad en primer lugar á nuestra afligida Madre la Santa Iglesia católica apostólica romana, única y verdadera: á los hijos del suelo español, vuestros por adopción y por elección; consolad á los pobrecitos pecadores, para que mediante vuestro patrocinio salgan del infeliz estado á que se ven reducidos: á todos los cristianos que durante nueve días han concurrido á este santo templo con el sólo objeto de honraros y glorificaros, dándoos una prueba más del cariño que os profesan y de la confianza que en Vos tienen depositada. Consolad muy particularmente á los que hoy os consagran esta festividad, porque á ello han contribuido con sus limosnas. Á todos los desterrados consoladnos y guiadnos, pues sois estrella de la mañana, por este valle de lágrimas, para que algún día tengamos también por Vos, que sois asimismo puerta del cielo, la incomparable dicha de entrar á ser partícipes de las dulzuras eternas en la bienaventuranza. Así sea.



## DISCURSO XXXII.

### Coronacion.

*Corona aurea super caput ejus, expressa signo sanctitatis gloria honoris, et opus fortitudinis.*

Resplandecía en su cabeza una corona de oro, esculpida con el sello de la santidad, con la gloria del honor, y que es obra de poder y de fortaleza.

(Palabras de la Iglesia, tomadas del libro del *Eccles.*, cap. XLV, v, 14.)

HABIA desaparecido, cristianos, de sobre la faz de la tierra, y por un efecto de los incomprensibles juicios de Dios, la más hermosa, la más privilegiada y más Santa entre todas las criaturas. Al mismo tiempo que una losa cubría el sepulcro donde descansaba con angelical quietud el cuerpo incontaminado de la afortunada y nunca envejecida Virgen de Nazareth, avanzaba el crepúsculo de la tarde, destacaba veloz la noche el manto de sus tinieblas, y el disco del sol, como velando su angustia en un ropaje sombrío, se despedía del Oriente y se sepultaba en el ocaso. Sólo una mujer faltaba en la naturaleza, y parecía que faltaba todo. El alma creyente, el corazón sensible y la imaginación filosófica descubrían en cuanto en derredor miraban un misterio tan profundo, pero tan marabóxico, que vertía gota á gota la copa de la amargura sobre todos los seres racionales é irracionales, insensibles y sensibles.

Los arbustos que ántes reverdecieron, agostados ahora por un cierzo abrasador, dibujaban sobre la pálida superficie el nombre de Maria: las ojas de los árboles, agitadas por un aire turbulento, murmuraban y hacían resonar, en las extremidades de los opuestos polos, el nombre de Maria: las flores inclinaban sus frentes

encorbadas por la orfandad y marchitas por la tristeza, cuando las ondas del arroyo sonoro ó del inmenso piélago susurraban con un quejido de amor el dulcísimo nombre de Maria: las aves ¡ah! las aves huían desde lo hermoso de las florestas á lo recóndito de los bosques; buscaban asilo en el corazon de un tronco carcomido ó en la hendedura de un peñasco, y escondiendo el pico bajo sus alas, parece que se decían: «Enmudezcamos, porque nuestros cánticos ya no los oye Maria.» Maria que era la estrella de la mañana y el iris de felicidad, el áncora de refugio y el puerto de salvacion se habia despedido del mundo, y el mundo sin Ella no podia ménos de estar inconsolable.

Pero este panorama fúnebre, este espectáculo de duelo, vedle completamente cambiado en las regiones del infinito deleite y de la eternal ventura. No alcanza la lengua del hombre á explicar lo que allí sucede: es necesario ser humildes, contentarnos con abatir la frente sobre el polvo, y levantarnos á encarecer las grandezas de Dios en alas de la consideracion. Al aparecer la Esther divina en los umbrales de la Sion gloriosa, los cielos dilataron y extendieron su inmensidad, reconociéndose como pequeños á la magnificencia de aquella criatura: no exageraria, señores, si dijera que los atractivos y las virtudes y el esplendor de Maria Santísima eclipsaron por algunos momentos la gloria de los bienaventurados, que atónitos y sumisos contemplaron aquella santidad y aquella hermosura, reflejo perfectísimo de la santidad y de la hermosura del mismo Dios; y al presentarse la Señora, en cumplimiento de una prerogativa que á Ella sola favorecia, ante el trono de la Santísima Trinidad, estallaron con estrépito santo las músicas de los ángeles, resonaron con inesperado júbilo las oraciones de los justos, los incensarios de oro formaron con el humo de sus benditos perfumes un globo de nube, sobre cuya tez trasparente descansaba vencedora la planta de la inmortal Princesa; y la Hija de Jehovah, y la Madre del Cordero inmaculado, y la Esposa del Espíritu Paráclito, dejó ver su frente tres veces coronada de honor, de fortaleza y de santidad. *Corona aurea super caput ejus, expressa signo sanctitatis, gloria honoris, et opus fortitudinis.* El mundo lloraba la ausencia de Maria, y Maria entre tanto era coronada en el Paraiso como Reina del tiempo y de la eternidad.

Combinacion admirable de circunstancias, ilustre y muy antigua Congregacion (1); combinacion admirable de circunstancias

(1) Predicado, como el anterior, á la Congregacion de Nuestra Señora del Consuelo, en la parroquia de San Luis.

hace más interesante la mision que yo debo llenar esta tarde en la cátedra del Espíritu Santo. Estoy llamado á coronar este solemne novenario, siendo el último de los ministros de Jesucristo que desde mis lábios haga penetrar en vuestros oídos palabras de suavidad y de ternura: que desde mi alma haga descender hasta vuestras almas afectos de piedad y de religion; y que con el auxilio de la gracia, que nunca falta al que con humildad la implora, me esfuerce para reanimar en vosotros, á pesar de las nauseabundas, corrompidas y anticatólicas doctrinas que circulan en nuestros dias, lo que es la base de la verdadera dicha y el vínculo de toda sociedad: el sentimiento religioso.

El mundo, señores, y esto á nadie se oculta, se vé amenazado de un trastorno general: la Justicia divina permite que el abismo vomite una hidra de cien cabezas; la ambicion, ataviada con deslumbrantes colores, envuelve en una guerra sangrienta las naciones más florecientes del globo: el ángel del exterminio, de parte del Juez Supremo, derrama sin distincion de climas y sin diferencia de condiciones, el cáliz mortífero de la epidemia, y... las provincias de nuestra España os dirán amados de mi corazon, cuáles son los efectos de la epidemia. Por otra parte, la desmoralizacion ha pasado á ser una moda; el cumplimiento de los deberes más respetables, una preocupacion; la educacion cristiana una cosa supérflua, la ley eterna del Altísimo un yugo insoportable; la devocion, hipocresía; la virtud, supersticion; sus prácticas, fanatismo; Dios una quimera, y la conciencia... La conciencia, crímenes, será siempre nuestro fiscal, por más que algunos miserables aspiren á emanciparse de ella. Los pecados, en una palabra, son generales: por eso es general el castigo. Pero en medio de las tinieblas del castigo aún refulge la luz de la esperanza; al lado del clarín de la justicia se deja oír la voz de la misericordia: junto al delito está el remordimiento; cerca de la obstinada ceguedad está la inspiracion; allí la gracia, y no léjos de la gracia el cauce por donde descende hasta nosotros, que es Maria Santísima; pero Maria recompensada, Maria engrandecida, Maria coronada, Maria, objeto santo de las finezas de Dios, dispensadora de las misericordias de Dios; Maria por su abnegacion coronada en la tierra de virtud, y por sus virtudes coronada en la gloria de inmortalidad y de bienaventuranza; que ciñe triple corona de honor para edificarnos, de poder para fortalecernos, y de santidad para santificarnos. *Corona aurea super caput ejus, expressa signo sanctitatis, gloria honoris et opus fortitudinis.*

Con la esplanacion de este sentimiento vengo hoy en vuestro

nombre á despedirme de la Virgen Santísima del Consuelo; á despedirme, procurando estimularos á su imitación con la pintura de sus virtudes, é interesarla en nuestro favor con la publicación de sus alabanzas; pero nada podemos alcanzar si no dá fuego á mi corazón y movimiento y palabras á mis labios la gracia del Omnipotente, á la invocación de la Madre de Jesús. Saludémosla con el Ángel, diciendo de todo corazón

### Ave Maria.

Consuelo: aquí tenéis, señores, una palabra de escaso sentido, de significación vaga, casi negativa para esas criaturas cuyo corazón está totalmente apegado á las cosas de la tierra; para quienes no hay otro Dios que la materia, y para quienes los placeres, y los pesares, y la existencia, y todo, concluye con su descendencia al sepulcro. Consuelo dice que encuentra el avaro en la posesión de incalculables riquezas, y las riquezas son, sin embargo, su más terrible torcedor; consolador aseguran el murmurador y el maldeciente ser dar rienda suelta á las inclinaciones de su lengua; y, sin embargo, esa misma lengua que exteriormente ha vertido tanto veneno, deja todavía mucho más veneno en el interior de su alma: el hombre carnal vé lejos de sí toda idea de desconsuelo cuando se precipita en el lago asfueroso de los deleites sensuales, y el deleite sensual es, á pesar suyo, lo mismo de noche que de día, el infierno de su corazón: el mundano quiere probarnos que que goza completa y absolutamente cuando se abandona al muelle aparato y al bullicio estrepitoso de los placeres del mundo, y no obstante, entre el bacanal estrépito de esta Babilonia, vé que sus días declinan como la sombra, que su ser aridece como una caña, y que el ídolo de sus ensueños y de sus festines deja en su pecho, lo más, lo más, ilusiones y desengaños.

El enfermo encuentra, dice, el consuelo en la medicina, y con todo, la medicina no produce siempre para su enfermedad los saludables efectos que se desean: el anciano le halla en el báculo que le sostiene, el joven en el acometimiento de grandes empresas, el niño en la mano maternal que le conduce; y sin embargo, el báculo de la ancianidad se rompe con el trascurso del tiempo y con el peso de los años; los fuegos de la juventud se apagan con el viento de la reflexión, y la mano que conduce á la infancia no es capaz de enjugar aquella lágrima que horada su mejilla, porque ni acierta á comprender, ni el niño sabe expresar todavía el orí-

gen de donde procede. La esperanza nos consuela, dicen unos, y sin embargo, la esperanza frustrada suele conducirles al borde de la desesperación: la amistad, dicen otros, es, en cuanto á consuelos, todo cuanto nosotros podemos apetecer; y sin embargo, la amistad se resiente por su base, flaquea por su cimiento, y cuando nos vuelve las espaldas y cuando desconoce los beneficios que recibió de nosotros, déjanos heridos, pero heridos para siempre con el cuchillo de la ingratitud. ¿Y dónde está el amor? me preguntarán algunos; ¿dónde está ese sentimiento que el mismo Dios esculpió en la criatura como divisa de su suprema filiación; ese sentimiento que el Pastor divino hizo práctico, dando su vida por la vida de sus ovejas, y á quien el Espíritu Santo elevó al último punto de su grandeza, enriqueciéndole con los atributos de la sabiduría y del poder? ¡Ah señores! Lo que el mundo llama amor, es un verdadero desamor; lo que los hombres llaman amor, es una zarza donde, para una flor que brote, la cercan millares de espinas; lo que los hombres llaman amor, para pesares es mucho, para placeres es nada. Ello es que... todos hablan de consuelo; y nadie nos dice dónde se halla el verdadero consuelo; y todos nacemos y todos vivimos y todos tocamos el término de nuestros días, llorando sin descansar en este valle de lágrimas.

Yo con mucha más seguridad me elevo á mayor altura; me separo de esta hermosísima creación que los extravíos de las generaciones han convertido en una Babel insensata, inclino mi rodilla ante el Criador, cruzo las manos sobre mi pecho indicando mi pequeñez, doblo mi cabeza confesando mi ignorancia, y porque él me lo permite, yo le pregunto: Señor, ¿qué es consuelo? Y ved aquí la definición explicada de esta palabra: Consuelo supone una tristísima aflicción; aflicción supone la pérdida irreparable de un bien que acaso no se comprende hasta después que se ha perdido; y no hay mayor pérdida que la de Dios por la culpa, ni consuelo mayor que recuperar este bien perdido por medio de la gracia. Nuestro único tesoro Dios; nuestro único consuelo la gracia. Pero la gracia, se me objetará es un don sobrenatural que con muy poco se pierde y con muchísima dificultad se alcanza; la gracia es el resultado de la virtud; océano inmenso de la virtud es solo el Omnipotente, y ¿quién iguala en virtudes al Omnipotente? Nadie, señores. Pero Dios, para quien lo más árduo y lo más difícil es posible, no reclama de nosotros imposibles: si para adquirir la gracia, que es un don sobrenatural, se necesita un esfuerzo sobrenatural, Dios mismo nos comunica ese esfuerzo: si la virtud es la consecuencia lógica, indispensable, legítima del bien obrar,

Dios, que desea siempre nuestro bien, que sabe que mirándole nos deslumbraríamos y cegaríamos como el que obstinado se atreviese á mirar al sol cara á cara, ha permitido, ha dispuesto que entre su grandeza y nuestra pequeñez se dejen ver modelos inmejorables de virtud, rios abundantísimos de gracia que se derivan del piélago de su gracia, surtidores perennes de donde llueven para nosotros la vida, la esperanza y el consuelo.

Buscad uno, y le encontraréis inmediatamente, y, encontrado, no busquéis más, porque no lo necesitáis. Venid en mi compañía; yo os llevaré de la mano ante el altar de la Virgen; yo os presentaré delante del peregrino simulacro de Maria Santísima, y después de saludarla como se merece, la veréis coronada mucho ántes que todo fuera, como criatura escogida para Dios y escogida para nosotros: coronada de honor para ser la Reina de todas las virtudes, y para edificarnos, y para fortalecernos, y para santificarnos. *Corona aurea super caput ejus expressa signo sanctitatis.* Y positivamente, cristianos. Si la aflicción, si la amargura, si el desconsuelo de nuestro corazón consiste, como no puede menos de ser, en la falta de virtud, Maria es el ejemplar, es el modelo, es, permitidme la expresión, como un estanque cuya longitud, cuya latitud y cuya profundidad son inmensurables; donde se depositan, donde rebosan y donde nunca se disminuyen ni desaparecen los raudales de virtudes de Dios; semejante á una pila de riquísimo alabastro donde van á depositarse las aguas cristalinas que se desprenden de una cascada.

Entre el día y la noche, entre la claridad del sol y la oscuridad de la sombra, el Supremo Autor de todas las maravillas ha suspendido ingeniosamente un punto medio, un astro, luminoso también, pero apacible, en cuya suave luz se fijan las miradas del caminante cuando la caída de la tarde viene á hacerle más sensible la pérdida de la alegría de la risueña mañana: es la luna. Pues bien; Jesucristo, entre los rayos abrasadores de su justicia, entre la hermosura de su rostro, eclipsada para nosotros por nuestro mismo desvío, ha colocado á Maria Santísima: Maria es la luna de cristiandad; pero luna tan deliciosa, tan suave y tan apacible, que caminando en pos de ella, que fijándose en ella las investigadoras miradas de nuestra alma, poco á poco nos vamos alejando de los senderos del vicio y entrando por la senda de la virtud: poco á poco desnudamos el corazón de su ropaje de tristeza y le embellecemos con la estola del consuelo: poco á poco salvamos el abismo de nuestra perdición eterna y nos encontramos en el bonancible puerto de nuestra eterna salvación. ¿Y sabéis por qué, cristia-

nos? Porque Maria Santísima es la criatura más virtuosa entre todas las criaturas; es el espejo terso y purísimo donde se reflejan todas las virtudes de Dios; es la virtud misma elevada hasta donde solo Dios pudo elevarla, como que salió de la boca del Altísimo, siendo la primogénita ante todo y sobre todo lo criado. *Ex ore altissimi prodivi, primogenita ante omnem creaturam.*

La humildad es la virtud más difícil de practicar, como que es la fuente de todos los bienes y el fundamento de todas las virtudes; como que es la puerta del cielo, como que es el ingreso á la inmortalidad. Maria Santísima, para llegar á ser la más virtuosa, tuvo que ser y fué la más humilde: por eso fué ensalzada en medio de su pueblo, y es y será admirada en la plenitud de todos los Santos: fué exaltada como el cedro del Líbano y como el ciprés del monte Sion: creció gallarda como la palmera de Cades, se desarrolló balsámica como la rosa de Jericó, se elevó como la oliva vistosa de los campos, y como el plátano junto á las bulliciosas corrientes de las aguas; destiló bálsamo aromático y exquisita fragancia como el cinamomo, y perfumó las moradas de los desterrados y las de los escogidos aún mucho más que los olores del incienso y de la mirra, del gálbano y del estoraque; produjo, como la vid, fruto sazonado de inestimable riqueza, y extendió por donde quiera su ramaje de honor como el terebinto; por eso es Maria la madre del amor y de la ciencia, y del temor y de la esperanza santa: es el mar donde se encuentra la virtud, y la depositaria de la gracia: por su virtud es Hija de Dios, Madre de Dios, Esposa queridísima de Dios; es nuestra Madre y nuestro refugio y nuestro consuelo; por eso sobre su frente, blanca y pura como la hoja de la azucena, resplandece una corona de oro; corona de honor para edificarnos, de poder para fortalecernos y de santidad para santificarnos. *Corona aurea super caput ejus, expressa signo sanctitatis, gloria honoris, et opus fortitudinis.*

La debilidad física, cristianos, produce ó coopera á producir la debilidad moral: la debilidad moral enerva las facultades del cuerpo, destruye la robustez y aniquila hasta lo irremediable el organismo de nuestra economía; y la debilidad física ó la debilidad moral, ó ámbas en combinación, dan por resultado el desconsuelo; pero desconsuelo por falta de acción y de poder, desconsuelo terrible que produciría la desesperación y la muerte si no hubiera para nosotros más que la vida material; y esta es una verdad innegable, una verdad que no admite impugnación, verdad que solo pueden poner en duda los incrédulos y los impíos desprovistos de fe, de esperanza y de caridad. Pero vengan acá

los que tienen alma cristiana y corazón cristiano; vengan acá los hijos de la Iglesia católica apostólica romana; los hijos de esa Iglesia á quien algunos infelices que hacen alarde de no ser sus hijos han ridiculizado no hace muchos días en un papelucho in-mundo, llamándola *Iglesia industrial*; vengan los devotos de Maria, los hijos de Maria, los amantes de Maria, y que ellos, por mí, expliquen hasta donde alcanza el poder de su Madre, porque Maria en el día de su coronación fué coronada de poder para consolarnos, fortaleciéndonos en el decaimiento, en la impotencia y en la debilidad.

Nadie duda que es horrible el abatimiento que producen los dolores y las enfermedades; nadie niega que son desgarradores los efectos de la miseria, de la orfandad y del hambre; nadie protesta contra esta soledad lúgubre en que nos dejan las criaturas á quienes la muerte arranca de nuestro lado, y, sin embargo, se modifican la influencia del dolor y el abatimiento de la enfermedad, y por consecuencia la tristeza que estos ocasionan, al invocar el nombre de Maria Santísima. El huérfano, el hambriento y el mendigo lloran y suplican, poniendo en sus labios el nombre de la Virgen, y Maria es el pan, es la madre, es la limosna. El hijo que perdió á su padre, la madre que perdió á su hija, el amigo que se despidió del otro amigo hasta la eternidad, señores, nada pueden, porque tienen su corazón como sepultado en el mismo féretro donde reposan las cenizas de los que tanto amaron; y, sin embargo, Maria tiene tanto poder, que Ella sola los consuela; Ella sola arranca un corazón vivo del sepulcro de otro corazón muerto, le atrae á sí, le reanima con el calor de su corazón, le vivifica con el rocío de la paciencia, le baña con el bálsamo de la resignación, y de un corazón todo tierra forma un corazón todo cielo; de un corazón todo materia, hace un corazón todo espíritu; de un corazón que por las criaturas, había olvidado su principio y su fin, que es Dios, hace un corazón todo de Dios, un corazón que se reconcilia con su Dios por el poder y los consuelos de Maria.

¿Y os parecerá mucho lo que he dicho? Pues es nada en comparación de cuanto resta que decir. Ahí teneis, si no, un alma que busca á Dios por cuantos medios le son imaginables; le busca en la penitencia, le busca en la oración, le busca en el retiro, en todas partes le busca y en ninguna le encuentra: es la esposa de los cantares que ruega al amado de su corazón la indique donde seeste y apacienta sus ganados para no equivocarse con los demás, para no ir tras los rebaños de sus compañeras; es un alma que

quiere hallar á Dios, pero lejos de las quimeras del siglo; el desden del amado la debilita, su ausencia la desconsuela, pero su constancia la indica que está no lejos de Maria. ¡Oh Maria Santísima! ¡Qué feliz es una alma cuando encuentra á Dios por Vos! Pues de esta no está lejos otra alma cuyos suspiros se ramontan hasta lo más escondido de los cielos; suspira porque el demonio la presenta el combate, y porque Dios la purifica en la tentación; y la tentación es horrorosa, la tentación es homicida, y las armas son débiles y el poder del alma ninguno. Que sea una tentación, diganlo los bienaventurados, que con tantas tentaciones se glorificaron; diganlo los viadores, á quienes las Escrituras llaman también *bienaventurados*, porque, pasado el día de la prueba, alcanzarán la corona que el Señor tiene prometida á los que de veras le aman: *Beatus vir qui suffert tentationem*. Al lado de la tentación está el consuelo; al lado de la tentación está el poder; junto á la misma tentación está Maria; su nombre la desvanece, y el alma atormentada triunfa y se llena de merecimientos.

Más todavía: la tentación venció, y el alma sucumbió al pecado, triunfó el demonio, la criatura perdió la gracia; se desheredó de la gloria, y se hizo heredera del infierno. Aquí solo pueden hablar los pecadores; aquí solo debemos escuchar á los hijos de quien Maria Santísima es refugio, además de legítima y verdadera madre; el anonadamiento, la amargura, el tristísimo sufrimiento de un pecador, solo puede describirle Maria, que le restituyó amorosa el bien que había perdido. Maria Santísima le vió desfallecer en la tentación, y se entristeció; Maria le vió sumergido y llorando su pecado, y lloró con él; Maria le vió huir de la presencia de Dios, esquivando el azote de su justicia; pero Maria no le desamparó, no le desconsoló, le siguió, se le presentó delante, en la mitad del camino, con una benignidad compasiva y encantadora, y el pecador la miró, la reconoció, la imploró, se acogió bajo su manto, y allí acudió el arrepentimiento, tras de éste la confesión de las culpas, tras de la confesión el perdón, y con el perdón la regeneración y la vida de la gracia y el consuelo. Y ¿por qué, señores? Porque Maria fué coronada de poder para fortalecernos: porque hulla con su poder los corazones de los grandes y de los pequeños; porque su potestad reside en la Jerusalén celeste, y porque la hizo grande el que es poderoso: *Fecit mihi magna qui potens est*. Por eso, amante siempre y siempre consoladora, Ella misma nos asegura que los que la escuchan no serán confundidos, que los que obran según Ella no pecarán, y que los que la esclarecen poseerán la vida eterna: *Qui elucidant me, vi-*